

Something in the air

ELENA ALONSO FRAYLE

En contra de lo anunciado por el pronóstico meteorológico, al caer la noche no refrescó. Había sido un día de sol reverberante y cielos de porcelana y, aunque aún estaban a mediados de mayo, la tarde en la ciudad griega traía ya ese perfume de presagios propio de las noches de verano. Berta demoró el paso para saborear la fragancia del atardecer, los murmullos de músicas que salían de las ventanas abiertas, las guirnaldas de luces, como de verbena, que se encendían en las terrazas de los restaurantes, el olorcillo a guiso sabroso, a especias. Un hombre fumaba en el balcón de un primer piso al otro lado de la calle. Se le ocurrió pensar que escrutaba la oscuridad en busca de algo o alguien, en busca de respuestas silenciosas a preguntas no formuladas. O tal vez tenía una familia higiénica y rigurosa que no le permitía fumar a sus anchas en el interior de la vivienda. Vestía una camiseta de tirantes, como los descargadores del puerto.

—No vayas tan rápido, por favor —dijo Berta, dirigiéndose a Octavio, que supuestamente caminaba a su lado.

Dedicó una última mirada al hombre del balcón, que lanzó al vacío su colilla encendida y se retiró al interior, probablemente sin haber reparado en ellos dos. Berta vio la estela candente de la brasa describiendo una parábola en el aire antes de precipitarse a sus pies. No, el hombre no había reparado en ellos. Otra línea de fuga que se perdía para siempre en la trayectoria infinita de los destinos cruzados; ella nunca averiguaría qué miraba aquel hombre desde su balcón. Era la primera vez que visitaba esa ciudad, y ni siquiera sabría repetir el nombre de la calle por la que ahora caminaban. Demasiado deprisa, por cierto, con un ritmo endemoniado para los tacones afilados de sus zapatos. Miró a Octavio. Por qué esa prisa por llegar. Además, adónde, si ni siquiera sabían con exactitud dónde estaban ni qué planes

tenían para esa noche. Ella habría preferido callejear despacio, con las manos entrelazadas, besándose bajo los semáforos en rojo, como si estuvieran solos en el mundo, como si fueran —como si de verdad fueran— una despreocupada pareja de enamorados en viaje de fin de semana. Le habría gustado caminar paladeando la textura del aire nocturno, tan diferente del ambiente húmedo y borrascoso de esa ciudad del norte donde los dos vivían. Al amparo de la noche griega, le daba la impresión de que el presente y el futuro inmediato quedaban arrinconados, suspendidos: la rutina diaria en el trabajo, los paraguas chorreantes en el autobús, los atardeceres cansinos, y, sobre todo, la tensión de las últimas semanas antes de la boda, que habían programado para el mes siguiente, aprovechando las vacaciones de verano. El aroma estimulante a su alrededor planeaba por encima de todo aquello y la conducía directamente a lo que aguardaba más allá: una larga vida apuntalada de promesas de felicidad en las que confiaba con una fe sólida e inquebrantable; una vasta extensión de tiempo al lado de Octavio, como un anhelo largamente cobijado, sin brechas ni fisuras ni alternativas concebibles.

—¡Espera, haz el favor! —insistió Berta. Había tenido que elevar la voz, porque Octavio caminaba ya varios metros por delante. Se sintió por un momento como esas mujeres musulmanas, envueltas en velos y lutos cautivos, siempre a varios pasos de reverencial distancia del hombre.

Él se detuvo y se dio la vuelta murmurando protestas inaudibles. Ella tuvo que correr para situarse junto a él; los tacones resonaron sobre el pavimento como disparos en la oscuridad. Echaron a andar. Sus brazos se balanceaban con ritmos desparejos, pero Berta logró mantenerse a la misma altura que Octavio. Torcieron en una esquina y fueron a parar a una calle concurrida, con tabernas, bares de copas y negocios de bebidas en los bajos de los inmuebles. Al fondo se divisaba la mole opaca del mar y el aire venía de pronto cargado de una brisa salobre, con un tufo no del todo desagradable a gasolina quemada. Debían de hallarse en el barrio de los pescadores, en las cercanías del puerto, la zona más antigua de la ciudad. Berta

había visto en la recepción del hotel postales con barcas de colores estridentes cabeceando bajo las ruinas de lo que parecía un faro milenario. Pensó que le gustaría ver el mar a la luz del día; había leído en una guía que no lejos de allí partieron las legendarias naves de alguno de esos héroes míticos a los que eran tan aficionados los griegos, en busca de vellocinos o tesoros o griaes extraviados. No lo recordaba bien, y tampoco consideraba que mereciera la pena detenerse en averiguar más datos sobre algo de lo que nadie estaba seguro de si era verdad o tan solo leyenda. A ella le interesaban los hechos, las personas y sus verdades, no los cuentos inventados. Pero quería ver el mar y aspirar a fondo el olor violento del aire que arrastraban las olas.

—¿Entramos aquí? —dijo Octavio. Señalaba un local de amplios ventanales y espejos en el interior; la puerta estaba abierta y salía de dentro una música aterciopelada, una canción sentimental en ese insondable idioma griego de sílabas cuadradas. Berta vio que algunos de los clientes coreaban el estribillo bamboleando el cuerpo al compás de la melodía, los vasos o las jarras de cerveza a la altura del pecho.

—Vale —aceptó.

Se sentaron a una mesa de mármol, en pesadas sillas de hierro que arañaron con estruendo el suelo ajedrezado. Había mucha gente joven y parejas de cuarentones, algunos turistas, también hombres de tez curtida y manos toscas que bebían en la barra, tal vez pescadores, pensó Berta. Bajo el clamor de la música, se oía la jerga políglota de camareros y clientes, el chisporroteo de una parrilla tras el mostrador, el tintineo de cubiertos sobre el mármol. Hacía calor, en parte por ese humo rozagante que flotaba como una neblina sobre las mesas. Berta recordó al hombre en camiseta que fumaba en el balcón, expulsando al aire volutas convulsas que se diluían sin mancillar la fragancia incitante de la noche. Aquí, en cambio, el ambiente era pesado y pegajoso como una manta fuera de estación.

—¿Tienes hambre? —preguntó Octavio.

Ella se dio cuenta de que no habían comido nada desde el desayuno copioso del hotel. Habían llegado a primera hora de la mañana, en un vuelo que partió de madrugada, y después habían pasado la jornada acostados, alternando abrazos no demasiado enardecidos y siestas a deshora. A ratos encendían la televisión para escuchar las noticias de la CNN o el pronóstico del tiempo, que Octavio traducía para ella. La luz filosa del exterior se filtraba desde la ventana y habían tenido que correr las cortinas para poder ver la pantalla sin reflejos de claridad. Eso había provocado que Berta perdiera la noción del tiempo y del espacio, tras horas de confinamiento en la penumbra de la habitación y en la atmósfera de laboratorio amasada por el aire acondicionado. Al salir a la calle, le había golpeado el perfume vehemente de la noche, la calidez sensual de la brisa, y por un momento le había ganado una ominosa sensación de tiempo perdido. Había sentido la piel estremecida por ese aire rotundo y envolvente; un aire que invitaba a la exaltación, a correr con los brazos abiertos en cruz, a pasar toda la noche a la intemperie y a hacer locuras, cosas inauditas, impensables, a dejar de ser una misma. Un aire que despertaba la fe en que el mundo podía ser algo más que un lugar amilanado y letárgico, algo más que esa ciudad de provincias que les esperaba a la vuelta, con sus nubes bajas, sus paraguas empapados y su olor a bostezo. Se alegró de llevar la melena suelta sobre los hombros, los labios pintados de un rojo furioso y zapatos de corista, pero parecía que solo había logrado impacientar a Octavio, irritado por su torpeza al caminar sobre las aceras empedradas de la ciudad.

—Pidamos una de esas jarras de vino griego —propuso Berta—. Vamos a emborracharnos para celebrar nuestros últimos días de solteros.

—Creía que lo que tenemos que celebrar es la boda, ¿no?

Berta buscó la mano de Octavio sobre el mármol y lo miró directamente a los ojos. Nunca se cansaría de admirar la arquitectura de su rostro perfecto. Octavio era el hombre más guapo que había visto en su vida, con esos labios carnosos y como delineados a cincel, el pelo negro y tupido, el cuerpo fibroso, los ojos del color de las

tormentas. Se sentía halagada cuando las mujeres —también algunos hombres— se volvían a mirarlo con lascivia, a la que siempre sucedía una especie de sorpresa o incluso condescendencia al descubrir que un tipo tan atractivo se dejara ver acompañado por una mujer menuda, anodina, ni siquiera fea. Berta, además de lo que suponía que era amor por su futuro marido, sentía, sobre todo, agradecimiento.

—Pues eso: la boda —dijo contestando a su comentario—. Pero también el hecho de que es nuestro último viaje como novios, sin agobios de preparativos ni tampoco rutinas conyugales.

Octavio soltó su mano para llamar al camarero con un gesto. Pidió en inglés una jarra de retsina y señaló en dirección a la parrilla para encargarse de algo de comer.

—¿Qué le has dicho que traiga? —preguntó Berta, que apenas se defendía con su inglés rudimentario, aprendido en la academia.

—Brochetas de las que están asando en la parrilla. Huelen bien, supongo que será cordero —hizo una pausa y después añadió—. Aquí todo lo hacen con carne de cordero.

—No me gusta el cordero —comentó Berta, y de pronto se sintió infantil, como una niña incapaz de acallar sus caprichos, de contener sus rechazos. Creía que Octavio sabía bien que ella jamás comía cordero. En parte, porque le daba pena: imaginaba el cuerpecillo tierno y jubiloso del animal antes de ser sacrificado, y le daba pena. Pero eso no se lo había dicho nunca a Octavio.

Él se cruzó de brazos sin hacer ningún comentario. Berta apoyó las manos sobre la mesa. En el anular centelleaba una sortija con un gran zafiro y ella la hizo girar sobre el dedo, como si fuera la pieza de un engranaje.

—Me viene grande el anillo de compromiso —dijo—. He debido de adelgazar con toda la tensión de los preparativos.

—Pues ten cuidado, no lo vayas a perder.

—No, tranquilo, que no se me sale —contestó—. Solo está flojo. Será cuestión de llevarlo a que lo ajusten.

—O de que engordes un poco.

El camarero llegó con una bandeja cargada. Depositó el vino y una fuente de comida sobre la mesa, murmuró algo en su idioma y se marchó. Berta miró con aprensión los trozos de carne de aspecto magro ensartados en largas varillas de madera. Aún humeaban.

—Anda, prueba la carne —dijo Octavio.

Ella rechazó la invitación con un ademán y sirvió el vino en las copas. Despachó la mitad de la suya de un trago, y de inmediato sintió una columna de fuego subiendo desde el estómago y propagando a través de las venas una suave corriente de euforia. Pensó que si no comía algo se emborracharía sin remedio, pero no le desagradaba la perspectiva.

Uno de los camareros manipuló en el aparato de música situado junto a la máquina de café. Había cambiado de compacto y los altavoces arrojaron las primeras notas de una música vibrante y pegadiza; también había elevado ligeramente el volumen. Berta tuvo que hablar más alto:

—Esto es Abba, ¿no? Aquella canción que ganó un festival de Eurovisión.

—Se han vuelto a poner de moda con esa película que sacaron —contestó Octavio, los labios curvados con desdén—; por cierto, también era en Grecia, me parece. Cantaban en la playa, se bañaban como locos, algunos se casaban en ermitas suspendidas sobre acantilados al borde del mar interminable. Horteradas de ese estilo.

Cogió una de las brochetas y atrapó la carne mordiéndola con habilidad.

—Te veo muy bien informado. No sabía que habías visto esa película.

—La vi en un avión en un viaje a Nueva York —contestó él mientras masticaba—. Tú no sabes lo que son esos vuelos, con algo hay que entretenerse.

Dejó la varilla pelada a un costado de la mesa y empuñó otra de las brochetas. Esta vez, al roer la carne, un fino reguero de grasa resbaló por su barbilla.

—No, tienes razón, no lo sé —dijo Berta, mientras limpiaba el mentón de Octavio con una servilleta de papel—. Esta es la segunda vez que salgo de España.

—Ya me lo has contado muchas veces, la primera fue a Lourdes con el viaje de estudios de la academia.

—Eso —sonrió ella—. Por lo menos, compruebo que me escuchas.

Berta arrojó la servilleta sucia al cenicero y se recogió el pelo con las manos para liberar la nuca, que notaba sudorosa. Hacía calor ahí dentro. Los clientes menos jóvenes tarareaban la canción de Abba —sería de sus tiempos, pensó Berta—, algunos incluso se animaron a improvisar unos pasos de baile, arqueando el torso y agitando los puños cerrados en el aire, como si dentro llevaran atrapado algo que se resistían a soltar. Berta se fijó en un hombre que deambulaba entre las mesas. Era moreno y con el pelo muy peinado y pegado al cráneo, como esculpido; tenía la mandíbula prominente y una barbita bien recortada que le daba un cierto aire caballeresco; un pañuelo de dandy asomaba del bolsillo de su americana, que llevaba echada sobre los hombros, a pesar del calor. Cuando vio que Berta lo miraba, saludó con la cabeza y se acercó; se movía despacio, las manos en los bolsillos del pantalón de pinzas, los hombros alzados. Se inclinó hacia ellos y habló con voz pastosa:

—¿Españoles? —preguntó.

Ellos intercambiaron una mirada rápida. Berta trató de comunicar una mezcla de fastidio y cierta alarma. Pero reconoció esa chispa de regocijo en los ojos de Octavio. También ese punto de crueldad.

—Sí, españoles —contestó él sonriendo al desconocido.

—Les he oído hablar; yo viví durante algún tiempo en su país, pero soy portugués. Me llamo Fernando —dijo, adelantando una mano moteada de manchas, que Octavio se apresuró en estrechar. Después el desconocido se volvió hacia Berta y también le dio la mano; ella sintió que el zafiro se le incrustaba entre los dedos.

—¿Quiere sentarse? —invitó Octavio apartando una silla vacía. El chirrido del hierro sobre las baldosas apenas se oyó bajo el telón de la música de Abba, que aún seguía sonando en los altavoces. El hombre colgó su americana cuidadosamente en el respaldo de la silla y tomó asiento junto a ellos. Berta se fijó en los círculos de humedad bajo las axilas.

—¿Están aquí de vacaciones? —preguntó el desconocido.

—Más o menos —contestó Berta—. Solo por el fin de semana. Es la primera vez que viajamos juntos al extranjero.

El hombre la miró con gravedad.

—Así que siempre en España.

—Bueno, solo yo; él sí —dijo Berta señalando hacia Octavio—, él sí que suele salir fuera por motivos de trabajo.

—A Berta le dan miedo los aviones —dijo él, como zanjando el tema—. Y el mes que viene nos casamos. Por cierto, yo me llamo Octavio.

Berta se quedó pensando en el encadenamiento de las frases de Octavio; sospechaba que lo que acababa de decir su futuro marido respondía a algún tipo de mecanismo inconsciente, cuya lógica no acababa de desentrañar, pero que intuía ingrata. Juzgó preferible no seguir analizando las palabras de Octavio.

—¿Dónde vivió en España? —preguntó al desconocido con genuina curiosidad. A pesar de que le molestaba la irrupción del intruso en su intimidad de enamorados, no podía evitar sentirse interesada por la vida de ese hombre. Siempre le ocurría igual: acusaba una cierta ansiedad cada vez que la historia de una persona se cruzaba fugazmente con la suya, como si los pormenores irrelevantes de las existencias ajenas tuvieran la capacidad de incidir en su propio destino, y era consciente de que todo lo que no averiguara cuando se le ofrecía la oportunidad, aunque se tratara de informaciones sin importancia, se perdería para siempre en la nada y, con ello, una parte de sí misma. Octavio solía reírse cuando trataba de

explicárselo, y le preguntaba cómo podía ella tener esas ideas sin haber leído —ni remotamente— a Proust.

El tal Fernando no contestó a su pregunta. Había congelado el gesto en un escorzo extraño, las manos levantadas un palmo sobre la mesa, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos muy abiertos y la mirada apuntando hacia el techo. En dirección a los altavoces, donde sonaban los primeros compases de otra canción de Abba, más dulzona y melodiosa que la anterior. Octavio y Berta se miraron interrogantes; después el hombre pareció reaccionar y se repasó el peinado arándolo con dos dedos, como si quisiera asegurarse de que todos los mechones seguían en su sitio tras el intervalo de trance que acababa de experimentar.

—¿Conocen esta canción? —preguntó señalando el altavoz sobre su cabeza; después curvó el índice y el pulgar hasta formar un círculo, como para marcar el ritmo, y se puso a canturrear en inglés—. *There was something in the air that night, the stars were bright, Fernando...* ¿No la conocen? Se titula «Fernando», como mi nombre. —Hizo una pausa teatral, y después dijo, vocalizando despacio—: La compusieron en mi honor.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

Berta distinguió la telaraña de líneas finas que se le formaba a Octavio en torno a los labios cuando se esforzaba por contener la risa. El desconocido miró hacia un horizonte imaginario más allá del ventanal de la taberna, y después sonrió complacido, como sugiriendo o recordando.

—La compuso Frida, ya sabe, la morena. No la rubia platino, no. La otra —juntó las puntas de los dedos a la italiana—. Un bombón, sobre todo cuando yo la conocí, hace más de treinta años.

—¿Conoció a la cantante de Abba? —preguntó Berta.

—Sí, señorita, la conocí. La conocí, además, en el sentido bíblico de la palabra, con perdón —el hombre hablaba español con soltura, pero con un vago acento nasal

que delataba su origen; tenía una voz gastada, exhausta, como de vendedor ambulante—. Allá en los fiordos.

—¿En Noruega? Pero creía que los de Abba son suecos.

—Bueno, sí, en Suecia, qué más da, es todo lo mismo —repuso con tono levemente crispado—. Era una noche estrellada, como dice la canción. Una noche de verano, de esas que duran apenas dos horas en esas tierras y que se viven con premura, como si hubiera que apresurarse para ganarle el pulso al amanecer. En esas noches que nacen mutiladas los minutos se apuran de otra manera y en un breve instante pueden forjarse amores que tardarían toda una vida en vivirse. Eso me pasó con Frida. Bueno, o le pasó a ella conmigo. O nos pasó a los dos —se detuvo y volvió a señalar los altavoces, que seguían arrojando las notas del estribillo—. No hay más que escuchar lo que dice la canción. Las estrellas brillando para nosotros, algo especial en el aire, las hogueras en la noche, los minutos que duran una eternidad...

—Pero dice también no sé qué de Río Grande y los cañones y los tambores del enemigo acercándose —le interrumpió Octavio.

Fernando cerró los ojos y asintió, como si confirmara una sentencia que escuchaba en su interior.

—Sí, me estaba temiendo que diría algo así —abrió los ojos de golpe y se inclinó hacia él, encañonándolo con el índice—. ¿No sabe usted lo que es una metáfora? No solo se usan en las poesías, también en las canciones, para su información.

—Una metáfora —repitió Octavio—. Ya. El Río Grande es una metáfora de los fiordos noruegos, ¿o eran suecos? Y los cañones son una metáfora de...

—Ya está bien —le reprendió Berta—. Déjale seguir con la historia, que me interesa. ¿Quiere un poco de vino, Fernando?

El hombre agradeció con una inclinación de la cabeza y Berta le pidió otro vaso al camarero.

—Nos conocimos en una acampada —prosiguió él con un tono íntimo y nostálgico—. Frida y yo. Yo no hablaba su idioma, ni ella el mío, pero nos miramos y nos entendimos con la mímica universal de ojos y sonrisas y manos, y nos perdimos juntos en la oscuridad. El aire... Cómo describir el aroma salvaje de los bosques de abedules en verano, los efluvios de eternidad que dejan a su paso las auroras boreales cuando surcan el cielo. Es un aire que lo vuelve a uno loco, también lo dice la canción —hizo una pausa y les invitó a escuchar extendiendo el brazo, como si buscara que la música corroborara sus palabras—. Había *algo* en el aire aquella noche, sí. Algo que a uno se le ofrece una vez en la vida, a lo sumo dos, y que solo los necios dejan escapar. Nosotros lo atrapamos y lo hicimos nuestro para siempre. Nos amamos sin pausa bajo el aliento mágico de las estrellas, hasta el amanecer. Ella susurraba mi nombre, «Fernando, Fernando», y la voz le brotaba borbotante, como salida de glaciares cristalinos que hubieran sobrevivido al calor de sus entrañas ardientes.

Se interrumpió para dar cuenta del vino que le había servido Berta; la mano le tembló un poco al levantar el vaso. Ella pensó que a lo mejor se trataba de uno de esos tipos que buscan que los inviten a un par de copas a cambio de una historia. Era evidente que había narrado el episodio tantas veces que había aprendido a adornarlo, pero el exceso de adjetivos hacía que sonara engolado, ficticio, como una historia inventada. Con todo, Berta deseaba que el tal Fernando siguiera relatando, intuía que lo que contaba aquel hombre encerraba algún tipo de revelación que le afectaba a ella. Pero a lo mejor era tan solo el vino, su efecto en la cabeza y en el corazón, lo que le hacía presentir detalles trascendentales en el relato de un fanfarrón pendenciero.

—Me confesó que cantaba —dijo Fernando—, y me prometió, poniendo a las constelaciones del cielo por testigo, que escribiría una canción para mí, una canción que se haría famosa en todo el mundo. Y que cada vez que yo la oyera, ella me estaría enviando un mensaje cifrado que nadie más que yo entendería en toda su

magnitud —dio otro trago largo, con avidez, y se pasó la lengua por el labio superior, como si se le hubiera quedado pegada una partícula de sedimento. Después miró a Octavio—. ¿Entiende ahora lo que tanto le sorprende en la letra de la canción? Cada palabra encierra un mensaje palpable que solo yo puedo desentrañar, porque ella me dio las claves, ella en persona. Yo soy el único que sabe a qué se refería Frida cuando escribió lo del Río Grande y lo de los cañones.

—Un momento —Octavio levantó la mano, la palma abierta como un guardia de tráfico—. Pero ¿no dice que ninguno de los dos hablaba el idioma del otro? ¿Cómo pudo ella hacerle esas promesas y detallarle tantas instrucciones, en qué idioma se lo decía?

—Ya veo que es inútil —dijo Fernando ásperamente. Apuró el vaso hasta que no quedó nada en el fondo. Se volvió hacia Berta y apoyó una mano apostólica en su hombro, mirándola con una intensidad fija e impasible—. Señorita, ha sido un placer. Cuídese, por favor. Y hágame caso: no tenga miedo de volar, se llega mucho más lejos.

Berta escrutó su rostro, tratando de entender lo que le estaba diciendo aquel hombre. Se fijó en la piel como cuero reseco de su frente, en el leve temblor de su ojo derecho.

—Gracias a los dos por el vino —dijo él a modo de despedida.

Se levantó, se echó de nuevo la chaqueta sobre los hombros y enfiló hacia la puerta, sin abandonar sus modales galantes, de dandy. Miró atrás un par de veces, pero no en dirección a ellos, sino como si buscara a algún conocido o como si quisiera asegurarse de lo que quedaba tras él, a su espalda. Alguien había vuelto a cambiar de disco y ahora una canción de Shakira se abría paso a través de los altavoces.

—Vaya tío pirado —terció Octavio—; ha debido de pensar que nos chupamos el dedo.

—¿Por qué le has invitado a sentarse? Lo único que has hecho desde el principio es burlarte de él.

—Con algo hay que entretenerse, ¿no?

—Con algo que hay que entretenerse, sí. Como en los aviones.

A través del vaho denso y azulado del humo, Berta vio que unas jóvenes al otro lado del local miraban insistentemente a Octavio. Sintió un amago de náusea precipitándose hacia la garganta. Apartó el vino y los restos de las brochetas, que se habían enfriado en la fuente. Una película de grasa sólida se había espesado sobre la carne amarronada.

—Pidamos la cuenta, necesito un poco de aire.

Octavio la miró con la cara vacía de expresión, consultó la lista de precios y dejó unos billetes sobre la mesa. Salieron a la calle, ahora menos concurrida; Berta buscó a Fernando en las aceras, pero supuso que ya se habría alejado. Hacia dónde, se preguntó. Tal vez hacia alguna otra de las tabernas del puerto, en busca de desconocidos a quienes entretener —como había dicho Octavio— con sus historias inverosímiles, imprecisas, plagadas de fisuras, que, sin embargo, a lo mejor eran ciertas. Igual que las historias míticas, pensó, igual que las expediciones legendarias de los héroes antiguos que habían vivido en aquellas tierras, historias en las que todo el mundo prefería creer. O hacer como que creían.

—Caminemos hacia el mar —le dijo a Octavio—. De aquí cerca partió no sé qué expedición mítica en busca de un ídolo salvador.

—Te refieres a la historia de Jasón y los Argonautas —matizó él—. Tienes que aprender a ser más precisa, Berta.

Ella no contestó. Adelantó la barbilla y siguió andando, pensando en la imprecisión de las historias, en la imprecisión de los sentimientos, en las fisuras que dejaban al descubierto las palabras pronunciadas a destiempo. Ya no percibía la voluptuosidad ingrávida del aire de un rato antes; ahora, la humedad le arañaba los huesos y una excitación distinta le enturbiaba la respiración. La superficie compacta

del agua se debatía silenciosa e ignota unos cuantos metros más allá, y el aire que subía del puerto abanicaba las sábanas tendidas en las azoteas y los balcones como si fueran fantasmas. No se veía a nadie asomado a las ventanas, fumando o escudriñando la oscuridad en busca de respuestas. Berta, al menos, no distinguió ningún hueco de luz en las fachadas de los edificios que dejaban atrás. Solo se oían sus pasos arrastrándose por esa calle extranjera que desembocaba en el puerto, tras el que se abría, más allá de la bocana, un mar antiguo y tenebroso por donde se aventuraron personajes legendarios e inciertos. Un mar que, a su vez, culminaba en el océano inabarcable, sobre el que un transatlántico, majestuoso y abarrotado de luces, acaso navegaría en esos momentos rumbo a algún lugar apartado y remoto que ella nunca llegaría a conocer. Mientras caminaban, Berta hacía girar el anillo en su anular, como si pretendiera atornillar la tuerca de un engranaje a punto de desguace; como si albergara entre los dedos un mecanismo al que tuviese que seguir dando cuerda sin descanso, para evitar que se detuviera. El zafiro, bajo las estrellas de la noche, emitía un tenue fulgor metalizado, un destello pálido, inútil, fugaz.